

venusta que la madre de Dios. Su respiración era anhelosa, y entre sus pequeñas manos estrujaba un papel escrito, en fin, sentada en un amplio y lujoso canapé, parecía estar abstraída en profundas meditaciones de dolor.

Era tanta su beldad, tanta su melancolía y abatimiento; tal era el padecimiento en su rostro angelical pintado, que no pude menos de admirar aquel conjunto de venustidad, con la pena que en sus divinas facciones se hallaba retratada, ensalzando así, mucho más su belleza, hasta tal punto la admiré, que su efígie quedó esculpida en mi alma, ávida de amor, para nunca jamás borrarse de ella.

Si, llegué a verla; en mis sueños se aparecía como el hada madrina se aparece en los cuentos de niños; yo sonreía al verla sonreír, luego se esfumaba y yo quedaba sumido en la oscuridad de mi pena.

Un mes escaso llevaba admirando a aquella mujer, que por entonces ocupaba todo mi ser, aquella mujer de los mil y un encantos, que subyugada con su mirada; cuando un día, en las sombras de la noche y en ocasión de que yo me hallaba tomando el fresco en la terraza del casino, en un automóvil negro, como la negrura y lobreguez nocturna, vi aparecer la graciosa silueta de la dama melancólica que ocupara mis pensamientos desde el instante en que la viera.

En vano la busqué por toda la ciudad; en vano también veía en mis sueños aquellos ojos que emanaban destellos dulces y melancólicos e iluminaban su faz sonriente, todo en vano; la imagen de aquella persona adorada no la veía nada más que en mi mente alucinada y calenturienta, nunca en la realidad.

Pasado algún tiempo de los acontecimientos acaecidos, desde que desapareciera la dama de las venereas formas que creara el ensueño de mi vida; cuando me sorprendió la ruptura de hostilidades y con ella una Real orden del Ministerio de la Guerra, en la cual se me ordenaba la pronta incorporación a mi regimiento; pues entonces ostentaba yo el honroso cargo de teniente de la guardia real.

Tuve con harto dolor de mi corazón, que separarme de aquella ciudad donde pasara los días más felices de mi vida, entregado al placer de mi sueño amoroso; pero era la Patria la que lo ordenaba, un deber de gratitud hacia la madre tierra me imponía el sacrificio y un amor patrio se rebelaba más fuerte, más tenaz que aquel que tuviera por la joven lánguida y melancólica.

Iría al combate en el primer tren que saliera y si me tocaba morir, moriría por la gloria de mi Patria, teñido en sangre enemiga.

La del alba sería. El sonoro toque del cornetín llamaba a formación; hicime cargo de los soldados que tenía a mi mando, y previas las órdenes del jefe de Estado Mayor, partí para las trincheras avanzadas del frente: un silencio sepulcral reinaba, en aquellos instantes el enemigo se acercaba a las trincheras, y momentos después se empezaba un combate rudo, tenaz, sangriento...

El sonoro estruendo del cañoneo constante y ensordecedor; los silvidos de las balas, los gritos de los combatientes, el olor a la pólvora que mareaba a los soldados, y entre tanto lamento, entre tanto alarido, entre el ardor frenético de la desesperación conque ambos campos se desahucian, el sol, lanzaba sus rayos más ardientes y tenaces, como queriendo exterminar a los impíos que tan ferozmente se destrozaban por un palmo de terreno.

En tanto que los soldados que morían servían de parapeto a los ensangrentados que aún podían luchar, la guadaña enéptica de la muerte, cebábase con saña en las vidas de aquellos infelices.

La bandera cayó en mis manos sin saber como, pero con el asta hecha trizas, loco de furor, repartía sablazos por doquier, hasta que un golpe fuerte vino a herirme en la cabeza, un síncope surcó todo mi ser y caí ensangrentado y abrazado al emblema glorioso de mi patria, a la bandera porque peleaba.

Cuando volví en sí, mis heridas ya estaban curadas y la dama, que mis pensamientos ocupó tiempo atrás, estaba a mi lado.

Estaba más bella, si puede ser, que nunca, con la bata que caracteriza a las damas de la cruz roja; en un principio creí fuera una quimérica creación de mi delirio, pero no, me convencí de lo contrario, cuando sus níveas y pequeñas manos sujetaronme para evitar los movimientos violentos que a causa de mi desfallecimiento hacía.

La dicha que inundaba mi ser, era inmensa; mi pasión, casi olvidada, renació frenética y ardiente.

Ella, por su parte, quizá por volición propia de la mujer, llegó a comprender el puro amor que mi alma sentía, y movida a impulsos de un algo inexplicable, accedió, por fin, a la pasión que mi boca exteriorizaba.

Mis heridas, mitigadas por la alegría, parecían no existir; el hálito de su voz argentina, las cicatrizaba por momentos.

En dulce coloquio de amor nos hallábamos, cuando, la puerta de la tienda de campaña, se abrió para dar paso a tres oficiales de mi regimiento y al generalísimo, que con solemnidad puso en mi pecho una cruz, quizá inmerecida, pero que me llenó de orgullo.

Después de este, que fué para mi sublime acto, salieron de la tienda los jefes y oficiales; y yo, bien por la emoción recibida, o ya por la debilidad, que a causa de mis heridas sentía, caí abrazado a la enseña de mi Patria y en brazos de lo que más quería: mi amor.

ANDRÉS VILA MARTÍNEZ.

«El Divino»

CRISANTO FLORES

Composición más propia para el mes de mayo, que es el mes de las flores, pero que para el caso es igual.

Crisanto Flores se llama y es un lila de una vez, nació un Domingo de Ramos en la calle del Clavel (1).

Es su juego favorito el truque, por cantar flor, y el jabón Flores del Campo lo considera el mejor (2).

Se enamora como un loco de cualquier joven hermosa si se llama Peonía o lleva por nombre Rosa.

Tiene muchas poesías y hasta flores naturales ganadas por sus trabajos en muchos Juegos Florales.

Tiene afición al teatro, pero su afición es loca, y le gusta por demás el ver «El puñao de rosas».

De artículos periodísticos siempre pierde la chaveta si es que son de la escritora que se firma «Violeta».

Estudió el Bachillerato, mas no consiguió sacar mas que una brillante nota en Historia Natural.

De toreros, se comprende que de buenos matadores no hay ninguno para él que sea mejor que Flores.

De las fiestas que le gustan, la mejor sin discusión y en la que más se divierte es la Fiesta de la Flor.

Y así la vida se pasa el infeliz de Crisanto, siendo siempre un individuo ni envidioso ni envidiado.

CERAUS.

DE EXAMENES

El día 11 del actual, tuvimos el gusto de admirar los bellos ejercicios de Reválida, de las no menos bellas señoritas Asunción Pareja, Carmen Lumbreras y Paula Giménez; dichos ejercicios no podemos detallar las condiciones en que se realizaron, porque resultaría una labor inmensa y un trabajo impropio, pues supone nada menos que los grandes desvelos y todas las fatigas originadas durante los cuatros cursos de la carrera.

Es natural que tampoco podemos decir, por que sería un cargo de conciencia,

(1) En un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme, ni rima.

(2) Que conste que no es reclamo.